

**La universalidad de los derechos
humanos y la multiculturalidad
Efectos en la sociedad**

Introducción

Al igual que los psicólogos aconsejamos a los padres que el error más grave que pueden cometer es observar siempre los problemas de sus hijos desde su propia perspectiva adulta, de la misma manera, se observa que, en el ámbito de los derechos humanos, muchos autores intentan forjar un concepto de universalidad basado en la visión de un hombre bondadoso, justo, saludable y racional (un hombre moral). Este enfoque olvida la naturaleza propensa al error del ser humano y el hecho de que no todos los hombres son buenos, sanos y justos. Algunos autores abordan esta idea de manera superficial al discutir la universalidad de los derechos humanos junto con la cultura y sus diferencias, las costumbres variadas, o las distintas condiciones geopolíticas, económicas y religiosas, entre otros aspectos.

Para plantear mi postulado primero debemos contemplar un concepto universal en derechos humanos (*La universalidad significa que todos los seres humanos tienen los mismos derechos humanos simplemente por su condición de ser humanos, independientemente de donde vivan y quienes sean, así como de su situación o características particulares*¹), esta definición es más bien vaga y demasiado general, es por eso que considere otra, la que me pareció más completa ya que es primordial definir qué se entiende por universalidad en derechos humanos de una buena manera. Por ende, si existiese una definición universal, podría ser la siguiente: "*Los derechos humanos comprenden un conjunto de principios y normativas que reconocen y salvaguardan la dignidad intrínseca de todos los seres humanos, asegurando su libertad, igualdad y bienestar. Estos derechos son universales, inalienables, indivisibles e interdependientes, y se aplican sin excepción alguna, independientemente de raza, color, género, idioma, religión, opinión política o cualquier otra característica, origen nacional o social, propiedad, nacimiento o cualquier otra condición. Incluyen derechos civiles y políticos, como el derecho a la vida, la libertad de expresión y el derecho a un juicio justo, así como derechos económicos, sociales y culturales, tales como el derecho a la educación, la salud y el empleo. Constituyen la base para convivir en sociedad de manera que se respete la dignidad y el valor de cada individuo, y son protegidos y promovidos por el derecho internacional*".²

Desde esta definición comienzo a exponer, lo que, a mi modo de ver, es aún una utopía más que una realidad y en que inciden las diferentes culturas para lograr su evolución o involución, hacia un concepto universal de derechos humanos que sea multicultural.

¹ <https://www.ohchr.org/es/special-procedures/sr-cultural-rights/universality-cultural-rights#:~:text=La%20universalidad%20significa%20que%20todos,su%20situaci%C3%B3n%20o%20caracter%C3%ADsticas%20particulares.>

² <https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>

DESARROLLO

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) no ofrece una definición única y concisa de los derechos humanos en una sola frase. Más bien, se apoya en el preámbulo y los artículos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (DUDH) de 1948 para proporcionar una visión completa de lo que considera derechos humanos. Según este documento clave, *“los derechos humanos son inherentes a todos los seres humanos, sin distinción de nacionalidad, lugar de residencia, género, origen nacional o étnico, color, religión, lengua o cualquier otra condición. Todos poseemos los mismos derechos humanos, sin discriminación. Estos derechos son interrelacionados, interdependientes e indivisibles”*.³

Sin embargo, surge la pregunta sobre quién establece y sustenta estos criterios. Recientemente, leí un mensaje en la red social X en el que se narraba un incidente donde un venezolano agredió a una oficial estadounidense: la golpeó y le disparó, afortunadamente sin matarla. A la llegada de los oficiales de apoyo, y aunque el agresor se rindió pensando que se respetarían sus derechos humanos, fue reducido a balazos.

Este es el dilema que plantea desde el principio: ¿Acaso la realidad del ser humano es única? Cuando yo veo una hoja verde, ¿tú percibes el mismo tono de verde? La ciencia nos dice que no, pero es posible llegar a un acuerdo básico: es verde y no café. No obstante, en el debate sobre la universalidad de los derechos humanos, este consenso se diluye ante la diversidad de realidades. No todos vemos, pensamos o sentimos de la misma manera. Entonces, ¿cómo pueden los estados, conglomerados de conciencias en una estructura organizada, adoptar una postura unificada respecto a los derechos humanos? Lamentablemente, veo esta uniformidad como una utopía, un sueño hermoso pero difícil de alcanzar en su máxima expresión.

¿Qué camino deberíamos seguir para acercarnos a una visión de derechos humanos lo más universal posible? Creo que el primer paso es establecer las bases en lo más fundamental: el derecho a la vida. Este principio inicial ya presenta desafíos, como lo demuestra el debate sobre el comienzo de la vida humana: ¿existe desde la concepción o desde el nacimiento? Además, el derecho a morir en paz introduce otra compleja discusión sobre la pena de muerte y la eutanasia, y sobre quién tiene el derecho de decidir sobre la vida y la muerte.

Es necesario también reflexionar sobre el choque entre diferentes culturas en cuanto al contenido y la interpretación de los derechos humanos. A pesar de que la idea de los derechos humanos es ampliamente aceptada, cada cultura los especifica e interpreta a su manera, rompiendo la ilusión de universalidad.

En nuestro mundo actual, marcado por una creciente conectividad global, navegar la intersección de los derechos humanos, el multiculturalismo, la globalización, la interculturalidad y la identidad cultural se ha convertido en un desafío complejo. Mientras el multiculturalismo aboga por la diversidad y el respeto a los derechos humanos, la globalización puede llevar a una homogeneización cultural y a la pérdida de identidades culturales propias. Por otro lado, la interculturalidad fomenta el diálogo y el entendimiento mutuo, aunque su práctica puede ser complicada.

El multiculturalismo (promueve la diversidad y el respeto por los derechos humanos, reconociendo y valorando las distintas identidades culturales y fomentando la tolerancia y el

³ Resolución 217, Declaración universal de los derechos humanos, 1948.

entendimiento. Esto puede ayudar a prevenir la discriminación y la marginación. En una sociedad multicultural, los individuos tienen la oportunidad de aprender de las tradiciones y creencias de otros, creando una comunidad más rica y diversa. De esta manera, el multiculturalismo puede ser un vehículo para promover los derechos humanos, asegurando que las personas sean libres de expresar su identidad cultural sin miedo a persecución o discriminación.

La globalización, con su vasto alcance, puede llevarnos a un mundo donde la singularidad cultural se diluye, donde la riqueza de nuestras identidades se ve amenazada por una creciente homogeneización. Este fenómeno puede propiciar el dominio de la cultura occidental, erosionando las prácticas culturales tradicionales y explotando las culturas con fines comerciales. La presión de adaptarse a un estándar globalizado puede resultar en la trágica pérdida de prácticas y creencias únicas, marginando y explotando a aquellas culturas que no se ajustan al molde dominante. No obstante, a pesar de estos riesgos, la globalización también ha sido fuente de cambios positivos, haciendo imperativo el esfuerzo por preservar la diversidad cultural en este contexto cambiante.

Por ende, la interculturalidad emerge como un faro de esperanza, promoviendo el diálogo y el entendimiento mutuo al valorar la importancia de las diversas perspectivas culturales. Este diálogo intercultural, enriquecido por el intercambio de ideas y experiencias, nos invita a una comprensión más profunda y apreciación de las distintas culturas, tejiendo una sociedad más armónica. Al abrazar la interculturalidad, no solo aprendemos de los demás, sino que también construimos puentes sobre las divisiones culturales, fomentando el respeto y la comprensión mutua como pilares para la paz.

Sin embargo, el multiculturalismo lleva consigo el riesgo de choques y conflictos culturales, la formación de guetos y la perpetuación de estereotipos. La celebración de la diversidad cultural, aunque noble, puede ocasionalmente suprimir las identidades individuales, reduciendo a las personas a meros emblemas de su cultura. Además, la coexistencia de diferentes culturas, con sus valores y creencias distintos, puede ser fuente de conflictos, desafiando la cohesión social.

La globalización, por otro lado, tiene el potencial de fomentar el intercambio y la comprensión cultural, difundiendo conocimientos y prácticas, salvaguardando culturas en peligro, y dando origen a culturas híbridas emocionantes. Esta interacción cultural puede inspirar la creación de nuevas prácticas, enriqueciendo nuestra sociedad con diversidad e innovación. Es crucial, sin embargo, que este intercambio se realice con respeto y sin explotación, preservando la dignidad de todas las culturas.

Alcanzar la interculturalidad genuina es un desafío práctico, que exige una disposición al diálogo y un compromiso que puede ser difícil de sostener ante diferencias de valores y creencias. Las barreras lingüísticas y los desequilibrios de poder entre culturas complican aún más este diálogo, donde a menudo una cultura puede imponer su influencia sobre otra. En este complejo tejido de relaciones globales, el camino hacia una verdadera comprensión intercultural requiere de esfuerzo, paciencia y una voluntad inquebrantable de aprender y crecer juntos.

La disputa sobre la esencia e interpretación de los derechos humanos entre diversas civilizaciones ha alcanzado un momento crucial, a pesar del consenso general sobre el concepto de derechos humanos. Cada cultura define e interpreta estos derechos según sus propias tradiciones, lo que amenaza la idea de su universalidad. La viabilidad y la necesidad de integrar la visión general de los derechos con las contribuciones de la diversidad cultural, superando una perspectiva meramente multiculturalista para establecer principios hacia una concepción transcultural de los derechos humanos sostiene que el diálogo transnacional puede ser clave para alcanzar una comprensión transcultural de los derechos humanos.

Vivimos en una era marcada por un incremento dramático en la conectividad, enfrentándonos al desafío complejo de navegar la intersección de derechos humanos, multiculturalismo, globalización, interculturalidad e identidad cultural. Aunque el multiculturalismo valora el respeto por la diversidad y los derechos humanos, corre el riesgo de conducir a una homogeneización cultural y a la pérdida de identidades propias. En contraste, la interculturalidad promueve el diálogo y la comprensión entre culturas diversas, aunque este ideal a menudo resulta difícil de implementar en la cotidianidad.

El multiculturalismo se esfuerza por promover la diversidad y asegurar el respeto a los derechos humanos. Al reconocer la pluralidad cultural, fomenta la comprensión y la tolerancia, elementos esenciales del tejido social, contribuyendo a minimizar la discriminación y la marginación. Dentro de una sociedad diversa, las personas tienen la oportunidad de compartir y valorar las tradiciones y creencias de otros, forjando una identidad

colectiva más robusta basada en la inclusión y aceptación. De esta manera, el multiculturalismo se posiciona como un defensor de los derechos humanos, garantizando que todos puedan expresar su herencia cultural sin miedo a la opresión o discriminación.

Por otro lado, la globalización puede llevar a una uniformidad cultural y a una erosión de la identidad cultural. Esto se manifiesta especialmente en la dominación de la cultura occidental, la desaparición de prácticas culturales tradicionales y la comercialización de las culturas. La presión por adaptarse a una cultura globalizada puede provocar la pérdida de prácticas y creencias únicas. Además, puede resultar en la marginación y explotación de culturas que no se ajustan al molde global. En resumen, aunque la globalización ha traído beneficios significativos a nuestras vidas, es crucial ser un firme defensor de nuestra diversidad cultural.

Reconociendo las actitudes culturales diversas como un tesoro de la sociedad humana, la interculturalidad se erige como un puente hacia el diálogo y el reconocimiento mutuo. Este intercambio intercultural, enriquecido por compartir ideas y experiencias, desemboca en un entendimiento más profundo y un aprecio por la gran cantidad de culturas que componen nuestro mundo. Abrazar la interculturalidad no solo beneficia a las sociedades promoviendo una coexistencia pacífica, sino que también actúa como un catalizador para derribar barreras culturales, uniendo a la humanidad bajo un mismo techo de respeto y comprensión mutuos. Sin embargo, a pesar de sus nobles intenciones, una sociedad multicultural puede, a veces, dar lugar a conflictos culturales, guetos y la proliferación de estereotipos negativos. Centrarse exclusivamente en culturas específicas puede llevar a la negación de la individualidad, reduciendo a las personas a meros representantes de su comunidad cultural y, por ende, desencadenando choques culturales ante valores y creencias dispares. Además no todas las

culturas pueden ser consideradas como constructiva así tenemos ejemplo como la cultura Nazi o la narco cultura.

La Declaración Universal de Derechos Humanos (DUDH) emerge como un faro de principios y criterios, formulados hace 76 años durante la asamblea general de las Naciones Unidas, que buscan guiar a la humanidad hacia un entendimiento común de la dignidad y los derechos inherentes a todos. Estos principios incluyen la igualdad y no discriminación, el derecho a la vida, libertad y seguridad personal, la prohibición de la esclavitud, tortura, y la garantía de un juicio justo, entre otros. Aunque estos derechos parecen ser de sentido común para aquellos de nosotros que nos consideramos honestos y moralmente justos, la realidad es que no todos los seres humanos compartimos las mismas perspectivas o actuamos de acuerdo con estos principios universales. Lo que para algunos es innegable y fundamental, para otros puede representar una amenaza a su poder, una restricción de sus libertades, o un desafío a sus convicciones personales.

Este panorama nos recuerda la importancia de continuar promoviendo el diálogo y la comprensión intercultural, no como una utopía inalcanzable, sino como un objetivo esencial para una coexistencia pacífica y respetuosa. La interculturalidad y la promoción de los derechos humanos nos invitan a reconocer y celebrar nuestras diferencias, a aprender unos de otros y a construir juntos una sociedad más justa, inclusiva y armoniosa. En este esfuerzo conjunto, cada uno de nosotros tiene un papel vital que desempeñar, contribuyendo con nuestras voces, acciones y corazones abiertos hacia el entendimiento mutuo y el respeto por la dignidad de todo ser humano.

CONCLUSIÓN

El consecuencialismo se erige como una de las mayores barreras para los principios universales de derechos humanos. La cosificación de las personas y su uso como meros recursos para alcanzar fines específicos constituye una realidad histórica difícil de superar. Sin embargo, lo que infunde mayor esperanza a estos principios es el número creciente de estados miembros que buscan armonizar criterios hacia la universalidad de dichos derechos. Quizás la solución no radique únicamente en establecer principios o criterios comunes, sino también en encontrar mecanismos de control e incentivos que permitan su aplicación global.

En lo que respecta a la culturalidad, debemos regresar a lo fundamental: todos somos seres humanos de carne y hueso que compartimos el mismo planeta. Basándonos en esta verdad inalienable, podemos comenzar a construir, poco a poco, una pirámide desde lo más básico hasta lo más avanzado, similar a la pirámide de Maslow. Si lográramos establecer un sistema que mida el grado de adhesión a estos principios por cada estado miembro, podríamos clasificar a los países según el respeto a los derechos humanos, identificando tanto a los que más los honran como a los que menos. Sin embargo, esto podría generar distinciones que, en realidad, no reflejen el objetivo buscado.

Navegar la intersección entre derechos humanos, multiculturalismo, globalización, interculturalidad e identidad cultural es, sin duda, un desafío complejo que demanda un enfoque cuidadoso, diálogo continuo y una voluntad inquebrantable de entender y respetar. Aunque el multiculturalismo celebra la diversidad cultural y defiende los derechos humanos, puede

llevarnos a enfrentamientos y conflictos culturales. La globalización, por su parte, ofrece oportunidades para el intercambio y la comprensión cultural, pero también corre el riesgo de fomentar la homogeneización y la explotación cultural. La interculturalidad, que promueve un diálogo y entendimiento mutuo, representa un ideal que, aunque desafiante, es crucial para nuestra convivencia.

Es esencial valorar las distintas perspectivas culturales y esforzarnos por forjar una sociedad que no solo abrace la diversidad, sino que también fomente el respeto mutuo y la comprensión. Solo así podremos acercarnos a un mundo donde los principios universales de derechos humanos sean una realidad tangible para todos, sin importar las fronteras culturales que nos diferencien.